

Consideraciones sobre el objeto parental. Voz por cierta salud afectiva desde la raíz

ANA BRENDA GONZÁLEZ SOLÓRZANO*

¿Por qué escribimos? ¿Por qué importa escribir, hablar; usar y alzar nuestra voz? ¿Por qué importa contarnos las historias y cómo las contamos, a nosotros mismos y a los otros? Y es que la forma de nombrar las cosas, o el no nombrarlas, genera efectos en el pensamiento, en la transmisión de la cultura, incluso en la percepción y el registro de la realidad misma, pues a partir de las palabras compartidas (también) es que representamos. Lo sabemos tanto los psicoanalistas como los historiadores, los escritores y, por supuesto, los poetas como Mara Pastor (2018), quien bien apunta en su poema *Apellidos en el cuerpo*:

En 1837 William Montgomery
creyó ser el primero en descubrir
las glándulas areolares que pueblan
ahora mis pezones llenos de leche.
Desde entonces, les decimos
tubérculos de Montgomery.
Prefiero decirle peca de azúcar,
oasis de leche, polen de girasol.

En 1872 John Braxton creyó ser el primero
en descubrir las contracciones
que me preparan para la llegada de mi hija.
Ahora le decimos a esa fuerza inesperada
que contrae la materia de mi vientre
contracción de Braxton. Prefiero
decirle ensayo de alumbramiento,
inundación repentina, volcán submarino.

*Ana Brenda González Solórzano
Psicoanalista Titular
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara (APG).

brenda.glezs@gmail.com

En 1886 James Chadwick identificó,
frente a otro grupo de hombres,
el color violáceo de la labia por concebir.
El signo de Chadwick le dicen.
Para mí nada más parecido
a una berenjena que se hace cosmos.

La nomenclatura de los cuerpos ex-
pectantes
es la extraña poesía de una demiurga
que nada tiene que ver con estos se-
ñores.
Línea alba, primípara, lunática gravidez.
¿Puedo ponerle a una montaña mi
apellido
porque la contemplo? ¿Puedo
nombrar el lunar de mi amado
con mi apellido porque lo descubro?
El día que borremos sus nombres
del cuerpo de las mujeres,
otra lengua escribirá su expansión.

Otra lengua, que no es la de la justifica-
ción innecesaria. *Importa* escribir. *Importa*
hablar y permitir hablar de nuestras
experiencias emocionales en primera
persona y en voz tan alta que haga es-
tallar los ideales y cánones a los que in-
conscientemente nos adherimos y, por
lo tanto, perpetuamos generación tras
generación. Resguardándoles, así —sin
saber y sin tregua—, su lugar como los
más crueles verdugos, garantes de toda
clase de sufrimientos ciegos; ansieda-
des, depresiones y un sinfín de identida-
des en obra negra eterna.

Otra lengua, que no es la del silen-
cio ni la de otro/s. Ni la de la patología,
ni siquiera la del devenir (psíquico) de
nuestros hijos. Aunque sea por un mo-
mento. Esta es la primera consideración
para ese “objeto parental”.

La segunda, entonces, el que deje-
mos —también por un momento— de

pensarlo como objeto (teórico). Y lo con-
sideremos, quizá, a la luz de su condición
humana y social. Volátil. Finita. Tan atra-
vesado por su propio desconocimiento
y sufrimiento como cualquiera de los
que tenemos a un lado. Familiar, colega,
amigo, paciente o no. Cualquiera otro que
quizá no sabe de psicoanálisis, ni de su
inconsciente, ni de ningún conflicto psí-
quico, pero sufre igual. Y que, quizá, de
enterarse, desearía y elegiría dejar de
sufrir. ¿Nos encontraría, entonces? ¿En-
contraría puerto alguno —psicoanalíti-
co o fraterno— que no lo ahogue en un
padecer/destino patologizante o marti-
rizante? Que, por el contrario, lo ayude
a soportar y atravesar el temblor narcis-
ista que lo endeblece de fondo desde
el momento mismo en que ha tenido
que conjugar su propia existencia con
la llegada de un nuevo ser. Llegada que
es siempre anuncio de la cada vez más
próxima extinción de la generación ante-
rior, y que a la par le impone la nueva y
nunca gratuita tarea de cuidar a ese *otro*
recién llegado; de despertar su pulsio-
nalidad y encausarla por vías de expre-
sión y de satisfacción acorde a su tiempo
y contexto. Sostenerlo tan adecuada y
continuamente para permitirle arribar
a cierto sentimiento de sí, lo suficiente-
mente cargado de sentido que le permita
disfrutar en alguna medida de los úl-
timos. ¿No es esto, al final, la conjunción
de la función materna y la función pater-
na, que se alternarían y se entretejerían
en toda madre y todo padre, a saber, la
razón y la significación de toda parenta-
lidad?

Por último, en la línea de esta se-
gunda consideración, expandamos nues-
tra visión a través de la sensible lente del
Winnicott de 1963, que encontró neces-
ario (al escribir) distinguir entre madre-ob-

jeto y madre-ambiente para poder abarcar todo lo que pretendía abordar sobre la función y el ser al referirse a la misma madre-mujer. Pues, en esta ocasión, es de ella de quien se trata esta historia. Y, así, es de su voz y *bienestar*¹ que mis siguientes líneas se ocupan².

Las primeras migajas en el camino, que con el tiempo me llevarían a la casa que es este redondo planteamiento de que dicha tarea nunca es gratuita, las encontré la primera vez que me acerqué a leer *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis* de Julia Kristeva. Antes, incluso, de mi propia experiencia de maternidad. En sus líneas introductorias, apenas en la cuarta página, comparte como de paso por qué también escribe ficción: novela policiaca en un “universo de mujeres”. Allí donde no sólo mantiene viva la posibilidad de interrogación, rescata además la posibilidad de la intimidad sensible —¿hay mejor forma de *revalorizar la experiencia sensible* que la de Mara Pastor?—. Revalorización posible como puerto/ideal que Kristeva anhela y avizo-

¹ En sintonía con la idea de Rebecca Solnit sobre el valor y la vida que damos o no a alguien a partir de cómo narramos: “el bienestar de las personas en las que se enfoca una historia determina mucho sobre quién tiene una voz” (2019).

² Como mencioné anteriormente, las implicaciones de la parentalidad afectan profundamente tanto al padre como a la madre que se asumen como tales. Dicho esto, pretender abordar por separado los efectos ante dicha experiencia de y en la mujer-madre en la actualidad, es meramente una manera de resguardar la diferencia que existe en la tramitación de la que es capaz cada uno, sin dejar por ello de influirse recíprocamente cuando las configuraciones familiar y psíquica así lo permiten. Son, pues, tan reales como distintos los efectos que la llegada de un hijo trae en un hombre. Para su merecido abordaje específico -insisto, siempre en influencia recíproca con/de ese bebé y esa mujer que lo hacen padre-, considero necesario el gusto de elaborar un segundo trabajo, quizá secuela del presente.

ra para un feminismo que no sucumba y se anule eventualmente con la misma violencia insalvable que dio sus orígenes.

“La inmensa responsabilidad de las mujeres para con la supervivencia de la especie —¿cómo preservar la libertad de nuestros cuerpos y procurar al mismo tiempo mejores condiciones de vida a nuestros hijos?— corre a la par con esta rehabilitación de lo sensible” (Kristeva, 2001).

Una interrogante abierta entre líneas. Encrucijada a sortear, más que pregunta a responder. Encrucijada-malestar inherente a la maternidad que apunta a la flexibilidad, a la fortaleza y a la creatividad *posibles*, sólo a partir de reconocerlo y sentir todo su peso en el ser -corporal, psíquico y social-, condensarlo y decantar sus secuelas con la voz o con la tinta. De nuevo la experiencia sensible comopreciado naufrago a quien Kristeva, de nuevo también, le regala el trazo de una isla sobre su hoja/mar, que lo rescate del inmenso blanco del silencio que lo ahoga, o la saturación de letras ajenas que han sido lanzadas en su ausencia, tapiando de imposturas nuestra voz:

*“Si sólo podemos aceptar parcialmente la afirmación freudiana según la cual el deseo de un hijo es un deseo del pene y, en este sentido, un sustituto del poder fálico y simbólico, **debemos prestar atención a las palabras de las mujeres modernas sobre esta experiencia.***

El embarazo es una prueba radical: desdoblamiento del cuerpo, separación y coexistencia del yo y de otro, de una naturaleza y de una conciencia, de una fisiología y de un habla. Este cuestionamiento fundamental de la identi-

dad se acompaña con una fantasía de totalidad narcisista. El embarazo es una especie de psicosis instituida, socializada, natural. La llegada del hijo, por el contrario, introduce a la madre en los laberintos de una experiencia poco común: el amor por otro. No por sí, ni por un ser idéntico, ni mucho menos por un otro con el que me fusione (pasión amorosa o sexual).

Es un lento, difícil y delicioso aprendizaje de la atención, de la dulzura, del olvido de sí.

Realizar este trayecto sin masoquismo y sin aniquilación de la personalidad afectiva, intelectual, profesional, parece ser el reto de una maternidad desculpabilizada. Se convierte en una creación en el sentido más fuerte de la palabra, pero descuidada de momento" (Kristeva, 1993). (Formato negritas propio).

La encrucijada parece complicarse también desde dentro, desde el mundo interior pulsional y sus cimientos identitarios. ¿Cómo sortear el rumbo sin hacer del masoquismo un cautivador canto de sirenas? ¿Cómo transitar sobre el olvido de sí sin trastabillar hacia la desaparición y no poder más pronunciar(me)?

Retrocedo ahora un poco para, además, sopesar la fuerza y la entereza de Kristeva al poner la voz al servicio del pensamiento y el cuestionamiento, acotando incluso lo dado por los más grandes, sostenida sobre la verdad de *su experiencia* —corporal, psíquica y social— siendo mujer-madre-psicoanalista de su tiempo. ¿Cómo entonces, desde ese lugar, (contribuir a) reformular la simplista y malbaratada expectativa alrededor de la maternidad, tan ampliamente comprada como profundamente mordaz, de

una supuesta respuesta primaria o *natural*, un saber *instintivo*, devoto incluso, o una realización vital *sin igual*, que absorbería o, por lo menos, atemperaría dicho malestar?

Nuria, tras varios años en análisis, al que llegó con un lapidante diagnóstico de infertilidad, logró hacer una nueva pareja, un embarazo sin complicaciones y el nacimiento de su primogénito. Posteriormente, al cabo de unos meses, la cuota identitaria -en este caso-, ineludible, salía a la superficie con insistencia.

P. *No sé qué me pasa, es como si no pudiera encontrar mi lugar en ningún lado. No puedo hacer nada. Empiezo algo y no lo puedo seguir porque el bebé ya necesitó algo, quisiera volver a trabajar, pero ya no sé ni en qué ni por dónde empezar. Trato de reconocermé y me siento a medias en todo, a veces pienso que no sé cómo le hacía antes con mi trabajo y con todo lo que podía. Es como si todo eso se hubiera caído... No sé cómo volver a mi vida, o cómo volver a mí, a la que era...*

A. *Y no hay forma de volver, Nuria, nada de eso va a volver. Nunca igual. Ni tú. Puede y puedes ser otra cosa. Nada más.*

Imaginemos por un momento a un pre-púber para quien minuciosa y bien intencionadamente, a partir de su aniversario número 10, o incluso antes, se envolverían todos los regalos de cada una de sus fiestas de cumpleaños con frases augurándole sobre la no breve montaña rusa corporal, afectiva e identitaria a la que, con su entrada a la adolescencia, está a punto de subirse. ¿Quedaría advertido y por ello menos cimbrado al momento de vivirlo?

En esta misma línea, aun tapizando cada regalo o cada pañal que pudiera recibir toda mujer embarazada con avisos sobre la revolución psíquica y relacional que el convertirse en madre le depara, el impacto, llegado el momento, no sería menor. Sin embargo, el tipo de acompañamiento y escucha disponibles alrededor de ella, mientras vive los efectos y las réplicas de la colisión, hace toda la diferencia en tanto prosecución hacia la creatividad o hacia la iatrogenia.

Françoise Dolto, por ejemplo, desde la introducción de su último libro consagrado a las posibilidades de encuentro con los adolescentes, otorga a todos los que estamos alrededor de ellos la importantísima tarea de ser aliento vivo e impulso compasivo para estos seres inmersos en el largo e inexplorado trayecto de rehacerse; el cual les exige echar mano de toda la fuerza de su energía pulsional para lograr afrontar la muerte de lo que dejan atrás (a saber, en su caso, la infancia). ¿Erramos si pensamos con una lente similar el “cuestionamiento fundamental de la identidad” (Kristeva, 1993) que inaugura en la mujer la maternidad? Hacerlo me ha ayudado a pensar y a acompañar a mis pacientes.

El discurso de Nuria -y de tantas-, que pareciera ir en quejosos círculos directo a la melancolía por un pasado perdido, me parece que es un esfuerzo, y quizá la única vía posible, para denunciar “el recuento de los daños” tras la revolución psíquica en la que se encuentra/n. Escucho, así, en ella/s el dolor no por un pasado perdido, mejor o peor que la actualidad, tanto como por el duelo por la idea y las posibilidades de futuro que tenía/n para ella/s misma/s, y que sólo al perder la libertad de su cuerpo, incluso, como bien anunciaba Kristeva, se va bos-

quejando como jamás asequible. Duelo, entonces, enteramente narcisista, por supuesto. ¿Y de qué otra forma puede doler la pérdida de un proyecto identificatorio que hasta entonces se sostuvo? ¿De qué otra forma se tramita la pérdida de ideales anteriores y la erección de nuevos?

Asbed Aryan, al compartirnos sobre su trabajo clínico con adolescentes, habla de la amplia y ardua empresa preliminar, por decirlo así, que implica abordar los aspectos narcisistas en juego y en jaque durante la crisis adolescente para que, antes que cualquier otra empresa se pretenda como posible siquiera, empiecen a haber los suficientes cimientos —ambientales/relacionales y yoicos— para hacer frente al reacomodo edípico que dicha etapa de transición a la par implica. Siguiendo con esa lente prestada del estudio de los adolescentes, algo similar aplicaría a estas primeras etapas de la maternidad. En donde merece atención, acompañamiento y sostén esa mujer (madre-ambiente) en sus “ajustes” narcisistas para entonces, a la vez, estar lo suficientemente entera para ejercer su función (madre-objeto) ante los avatares pulsionales del bebé y propios.

Es a partir de esta idea de los “ajustes” narcisistas necesariamente implícitos que entiendo el largo “olvido de sí” -capaz de aniquilar o de atravesarse creativamente- (Kristeva, 1993) que implica la llegada del hijo para la madre, y la insistencia de Winnicott en el término *devoción* para referirse a la forma corriente con que ésta lo inviste. Pues es sólo a partir de los escombros de lo que ya no será que este otro proyecto, el de un hijo, se hace *así de propio*; se tolera el olvidarse uno de sí mientras da por y para ese otro su cuerpo, su tiempo, sus años.

Por mi parte, tengo un claro y vivo recuerdo de la primera vez que mi analista me habló de la generosidad que implica la maternidad. Casi me pareció que exageraba. Jamás se me había ocurrido pensarme como generosa al cuidar de mi hijo. Y justo ahí, en ese hacer sin saber, sin pensar o valorar, “le hacía el caso” a Winnicott.

Con *devoción corriente* él se refiere a la forma, fiel y a la vez desinteresada, digamos, con la que uno se suma a ciertas tareas. Aquello que uno toma como propio y que simplemente no pasa que se olvide así nomás y se desatienda, como tampoco pasa que sea una constante carga generadora de preocupación o impedimento de que otras aficiones sean llevadas a cabo. Y, aun así, aun en esa devoción entretrejada, por decirlo así, en algún momento sobrecoge y descentra a la madre el hecho de *ahora* ser “anfitriona de un huésped que requiere alojamiento indefinido y cuyas demandas sólo irán en aumento, hasta que algún día en el futuro lejano volverán a ella la paz y el silencio, y solo entonces será capaz de recobrar y re-encauzar formas de autoexpresión nuevamente más propias” (Winnicott, 2002).

Incluso cuando la voz de las mujeres del tiempo de Winnicott sonaba por sus lares con mayor fuerza que en el resto de las latitudes, aún faltarían algunos años para que dicha voz tomara vuelo y presencia en el *ambiente*, y a través de la pluma diera luz sobre la experiencia femenina; escenario y telón de fondo a la vez del vivir de tantas mujeres. Sin embargo, nuestro doctor inglés, cual sensible clarividente, sabía bien de esas vivencias psíquicas y afectivas de las mujeres detrás de todo su quehacer por lo general silencioso, detrás de la maternidad

y la crianza. Las leía, podríamos decir, a partir de su acompañamiento y escucha a tantas madres en sus consultorios, en los hospitales, en las visitas que realizaba a domicilio de las que nos cuenta en sus escritos, y en todos los ámbitos en los que contribuía con su pensamiento psicoanalítico. Estableciendo, así, sospecho yo, fértiles espacios que permitían una verdadera comunicación entre sensibilidades. Espacios, si no psicoanalíticos, genuinamente terapéuticos en toda la intención de la palabra y la labor, donde quiera que fuese. Sospecho también, seriamente, que, en algún lugar y tiempo posibles, quizá por la teletransportación imaginativa de la lectura y la poesía, Winnicott conversaba con Rosario Castellanos (1972), quien en su poema *Se habla de Gabriel*, dice:

Como todos los huéspedes mi hijo
me estorbaba ocupando un lugar que
era mi lugar, existiendo a deshora,
haciéndome partir en dos cada
bocado.

Fea, enferma, aburrida
lo sentía crecer a mis expensas,
robarle su color a mi sangre, añadir
un peso y un volumen clandestinos
a mi modo de estar sobre la tierra.

Su cuerpo me pidió nacer, cederle el
paso; darle un sitio en el mundo,
la provisión de tiempo necesaria a su
historia.

Consentí. Y por la herida en que
partió, por esa hemorragia de su
desprendimiento
se fue también lo último que tuve
de soledad, de yo mirando tras de un
vidrio.

Quedé abierta, ofrecida
a las visitas, al viento, a la
presencia.

Vivian llegó a tratamiento siendo una recién inaugurada mamá de un bebé de 4 meses de edad y un importante duelo jamás elaborado tras la muerte de su propia madre 4 años atrás. En Vivian, más que una cuestión de “desacomodo” subjetivo a partir de la maternidad, una profunda herida abierta por esa (aún) intramitable pérdida la sumergían en una constante sensación de no poder moverse y estar a punto de explotar, incapacitándola para seguir adelante con su nueva vida y asumirse ella como madre.

Volviendo a echar mano de mi útil muleta del mundo adolescente para entender la revolución psíquica a partir de la maternidad, pienso ahora en los duelos cuyo atravesamiento implica elaborar. Aun cuando podríamos hablar (más) del duelo por lo anterior (cuerpo, vida, etcétera), estos duelos, me parece, expresan reticencia a lanzarse a un futuro sobre el propio ser en gran medida *en blanco*, desconocido. Es como tener que ir tejiendo un puente en el mismo momento en el que se va caminando sobre él. Hemos visto entonces que se trata de duelos por las partes propias, pasadas y futuras, que se van asumiendo gradualmente como pérdidas. Es, por lo tanto, un proceso doloroso. En este punto, acusaciones o juicios sobre el deseo o la ausencia del deseo sobre seguir adelante, o sobre el hijo mismo, resultan tanto estériles como insensibles.

Recuerdo un reciente y fructífero seminario impartido por el doctor Carlos Eduardo Tkach, psicoanalista de la

Asociación Psicoanalítica Argentina, en el que compartía con pasión y detenimiento sobre los duelos o las conversaciones que toda futura madre debe tener en algún momento hacia el final del embarazo o inicios de la maternidad con su propia madre, con ella misma y con el bebé soñado, en busca de revisitaciones y elaboraciones que puedan dar paso a inéditos lugares subjetivos para todos y la realidad que ahora los atraviesa. De nuevo, pasado, presente y futuro enttejidos, deshilachados, muy posiblemente enredados, prestos para permanecer así u ovillarse *nueva*-mente.

Cada mujer lo logra, idealmente, a su propio modo y tiempo. Vivian, de alguna forma, sabía que no lo estaba logrando, pues una pérdida real, de alguna manera, permanecía intacta, fuera de circulación en su psiquismo. Aquella, imposible de realizar en su momento, ahora le dificultaba aún más esa de por sí difícil conversación-reacomodo. Por ahí dicen que tener un hijo es morir un poco, y quizá es matar un poco también —simbólicamente— a esos padres ahora desplazados al estatuto de abuelos. Asumir este giro de los engranes generacionales confronta a todos los psiquismos implicados. Asumir este giro de los engranes generacionales estaba atascado desde antes en Vivian, en la forma de un feroz apego a su madre a quien no se había podido permitir perder ni con su muerte. Ahora, con su hija en brazos, los engranes del tiempo y de la realidad empujaban de nuevo y Vivian -parece que- no puede detenerlos más. Le exigen movimiento, cambio psíquico. Por fortuna ha buscado y encontrado un espacio de análisis. Por fortuna, sin duda. Quizá por el poder de su propia voz o el de un encuentro sensible que permitió una escucha recíproca.

¿Cuántas hay que contarían una historia distinta o que no se atreverían siquiera a contarla, por vergüenza, por ignorancia, por viejos mandatos aún vigentes respecto a la maternidad o a la salud mental en general? ¿Cuántas hay cuyas historias no se cuentan en voz alta? ¿El precio? Repercusiones directas en la relación que estas madres podrán o no establecer con sus bebés. Y, en consecuencia, en la calidad del desarrollo psíquico, afectivo y social de éstos. Es innegable, pues, que en nuestro tiempo y contexto el pasaje hacia la parentalidad resulta una experiencia altamente detonadora de sufrimiento psíquico para muchas mujeres (y hombres). Tiempo y contexto en el que, a la vez, lamentablemente, el sufrimiento psíquico en general tiende enormemente a malentenderse, esconderse y estigmatizarse, haciéndolo así aún más doloroso.

No son pocos los psicoanalistas que han hablado sobre la importancia de la salud y la vitalidad de la madre para el desarrollo psíquico del bebé y el necesario despertar activo de su pulsionalidad. Entre ellos, y muchos más, podemos incluir a Green, Laplanche, Dolto, Julia Kristeva, por supuesto, y la misma Piera Aulagnier. Winnicott, por su parte, engloba en tres aspectos la necesaria tarea de la madre (como totalidad = madre-objeto + madre-ambiente) para con su bebé. Estos son: a) presentarse como viva, un cuerpo vivo, constante y disponible para él. Mostrarse viva para transmitirle y despertarle vida; b) presentarle el mundo, ayudarlo a conocerlo, disfrutarlo-disfrutando con él y habitarlo con sus reglas; y, en esta línea, c) presentarle la desilusión ineludible y estructurante.

¿Qué vitalidad y disponibilidad concedemos al grueso de las madres

de nuestra actualidad? ¿Qué sostenes disponemos para acoger sus necesidades que, tal como las del infante, van mucho más allá de lidiar con tensiones instintivas propias, y su contribución a la sociedad mucho más allá de una funcionalidad respecto a las del bebé? ¿Están siendo las mujeres lo suficientemente sostenidas y cuidadas no sólo por su pareja, la cual puede o no existir en su vida, sino por su familia, sus allegados y el Estado mismo -cadena-red de sostén en la que, siguiendo con Winnicott, dicha tarea recaería-? ¿Cómo cooperamos los psicoanalistas en mantener a las madres vivas psíquicamente o a *echarlas a los leones* de la individualidad y funcionalidad a ultranza de nuestro contexto y actualidad? Pretender que la tarea puede ser llevada a cabo en solitario -en aras de cierta independencia o maduración incluso-, o que la tarea de sostén recae o debe recaer en la pareja, padre del bebé, es otra forma actual de dejarlos a ambos a merced de los feroces felinos.

Sylvia, médico de profesión y madre de una niña de 5 años, me busca por su constante sensación de no tener paciencia con su hijo en un tiempo idealmente pensado para reconectar con él, tras intermitentes períodos de ausencia a lo largo de la vida de éste. Si bien ella los adjudica a deberes profesionales, su imposibilidad psíquica para permanecer a su lado en determinados momentos, poco a poco, sale a la luz. En el transcurrir de su tratamiento, algunos meses después de una pérdida gestacional, la ausencia de sangrado nuevamente repentina y confirmatoria de un tercer embarazo precipitó a la superficie luces en el entendimiento de sus intermitentes

“huidas” y reticencias en torno a la maternidad.

P. Fue muy pesado todo ese tiempo de cuando recién nació mi hija. Muy difícil. Yo no tenía ayuda de nadie, no sé por qué... Me acuerdo que poquito después de que llegamos del hospital, ella no dejaba de llorar. Lloraba y lloraba todo el tiempo, y yo no sabía qué hacer. Era como si yo estuviera en otro lado, sentía que me volvía loca. No sé dónde estaban los demás. Te juro que ha de haber llorado como dos días seguidos hasta que una vecina bajó y me timbró, y me dijo que si quería el dato del pediatra de sus hijos, que tal vez mi bebé tenía algo. Y entonces en ese momento yo no sé qué pasó, como que reaccioné o algo, y lo llevé al pediatra. Tenía una niña enterrada y por eso no dejaba de llorar. Yo soy médico, Brenda, yo sé que hay que llevar a los niños al pediatra... Es como si no hubiera estado ahí, lo recuerdo como algo muy feo. Yo no sé qué hubiera hecho si no llega esa vecina... yo creo que sí me vuelvo loca.

Sylvia, evidente y lamentablemente, fallaba en la capacidad de identificación con su hijo. Fallaba en esa capacidad de cuasi-indiferenciación necesaria del puerperio; el despertar de la preocupación maternal primaria. Concepto que Winnicott nos acerca para pensar esa brújula invisible que pareciera que se instala en las madres como reflejo, a partir del cual cuidan de sus bebés adecuadamente. ¿A qué se debía esto? Ciertamente, y quizá no estaríamos errados, podríamos apelar a su propia historia y sus propias huellas semióticas y mnémicas como insuficientes para auxiliarla en esta nueva experiencia. Sin embargo, si bien tanto Piera Aulag-

nier como el mismo Winnicott hablan de ese bagaje infantil personal del cuidado propio al haber sido cada uno un bebé atendido por alguien con suficiente preocupación (maternal primaria) por nuestro bienestar y supervivencia, ambos siempre lo hacen considerando el ambiente en el que ello puede (o no) ocurrir -familiar y también social-. Ya sea lo suficientemente sano para tolerar los intermitentes y omnipresentes estados de dependencia por los que atraviesan todos los individuos que lo conforman, como lo suficientemente no persecutorio como para poder depositar en él necesarios proyectos identificatorios a los cuales aspirar, al ser ellos mismos fuente de sostén e ideales estructurantes. Ambiente-contexto del cual, no sobra decirlo, todos somos parte activa tanto en su construcción como en su perpetuación o modificación.

Así, pues, pensar la capacidad de sostén y, sobre todo, del adecuado *handling* del infante, así como la devoción corriente de las madres o su preocupación primaria como ligadas únicamente a la historia personal o (peor aún) a una cosa cuasi-instintiva, producto de una cualidad de la que las mujeres disponemos, es tan cercano a pensar la maternidad como meta natural de las mujeres como cualquier otra cosa que socava la raíz y razón de todos los movimientos feministas de la historia de la humanidad, al anclarlas con ello a una meta del ser ligada a la biología y no al sentido vital individual y subjetivo, y al deseo, que el psicoanálisis mismo tanto se ha esforzado en defender.

En este mismo orden de ideas, la plasticidad e incluso “regeneración” del tejido afectivo (libidinal), capaz de transferencia, modificación e inacabables identificaciones futuras, independientemente

de determinado pasado, es el resorte en el que se apoya toda la apuesta por la efectividad de nuestro método psicoanalítico. Otro de ellos es la posibilidad y necesidad de su *transmisión* a partir de encuentros significativos.

Este entretejimiento del potencial individual en un ambiente o contexto lo suficientemente sano, y con lugar para la verdad y el acompañamiento sensible, es oro puro en cuanto a los aportes de Winnicott se refiere. Quizá porque al final -y él lo sabía- no hay nada más cierto que la imprescindible necesidad de toda la aldea, sana e involucrada, para “levantar” a un niño. Y también, diría yo, para erigir a una madre y a un padre. Pues ese niño, cada niño que vive eternamente en el adulto que deviene, es la aldea misma. La raíz que todos tenemos. La raíz que somos todos.

¿Por qué alzar la voz sobre esto en pleno año 2021? Si todos hemos nacido de mujer, ¿no estarían ya de sobra dichas todas estas consideraciones? ¿No habríamos ya reconocido hace mucho el valor de su labor y, por lo tanto, encontraríamos dispuestos a su alcance adecuados cuidados? Es el mismo Winnicott quien plantea estas preguntas y atribuye el incesante y cíclico silencio que se hace tras ellas a la inconmensurable contribución individual y social de las madres justamente al disponerse devotamente a sus hijos, sobre todo en el inicio de sus vidas, en estado de total dependencia. Ese estado del que siempre se rehúye por ser temido, a la vez germen del odio y la misoginia. Terror a la regresión inicial que bloquea en el mismo acto el progreso de las sociedades al no reconocer su ineludible origen: a merced absoluta de la presencia y el saber hacer de una mujer (Winnicott, 2002):

“¿No es acaso no reconocida esta contribución de la madre devota precisamente porque es inmensa?”

Si su contribución es aceptada, por consiguiente resulta que todo hombre o mujer que sea cuerdo, todo hombre o mujer que albergue en sí el sentimiento de estar siendo una persona en este mundo, y para quienes el mundo significa algo, toda persona feliz, está en deuda infinita con una mujer”.

Quizá por esa deuda, Donald Woods Winnicott, en un bellissimo gesto de reconocimiento a contracultura, hizo por conservar en él, en su propio nombre, el apellido de Elizabeth Martha Woods (Winnicott), su madre. No dejando así, al pronunciarla, que se perdiera en el silencio invisibilizante aquella que lo echó a andar a la vida.

¿No estamos acaso en esa misma deuda, y con creces, cada uno de los que hemos tenido la fortuna de labrar experiencias sensibles de nuestros pasos en este mundo, tras recogerlos en lo íntimo del análisis o de la escritura? ¿No estamos en entera deuda quienes tenemos el privilegio y el poder de una voz?

¿Qué es la voz?

(Terry Tempest Williams, 2012).

Diré que es esto: la primera voz que escuché pertenecía a mi madre. Fue su voz la que oía en el útero; desde el momento en que mi cabeza emergió a este mundo; desde el momento en que fui expulsada, luego colocada en su barriga hasta que el cordón fuera cortado; desde el momento en que me acunó en sus brazos.

Mi madre me habló: "Hola, pequeña.
Tú estás aquí, yo estoy aquí".

Diré que es esto: en mis células, la voz
de mi madre es una canción de cuna.
Cuando me quedo quieta, mi cuerpo
siente su respiración.

BIBLIOGRAFÍA

Aryan, Asbed, y Mognillansky, C. (2009). *Clínica de adolescentes*. Editorial Teseo: Buenos Aires, Argentina.

Aulagnier, Piera (2004). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.

Castellanos, Rosario (1972). *Poesía no eres tú*. Obra poética 1948-1971. Fondo de Cultura Económica: México.

Dolto, Françoise (1992). *La causa de los adolescentes*. Editorial Seix Barral: México.

Kristeva, Julia (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Ediciones Cátedra: Madrid, España.

_____ (2001). *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*. Eudeba: Buenos Aires, Argentina.

Millwood, Molly (2019). *To have and to hold. Motherhood, marriage and the modern dilemma*. HarperCollins Publishers: Nueva York, Estados Unidos de América.

Pastor, Mara (2018). *Falsa heladería*. Ediciones Aguadulce: Puerto Rico.

Solnit, Rebecca (2019). "El poder de la voz y el sentido político del silencio". En *Letras Libres*. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/mexico/cultura/el-poder-la-voz-y-el-sentido-politico-del-silencio> (21 noviembre de 2019).

Williams, Terry Tempest (2012). *When women were birds. Fifty-four Variations on Voice*. Sarah Crichton Books: Nueva York, Estados Unidos de América.

Winnicott, Donald Woods (2009). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Editorial Paidós: Buenos Aires, Argentina.

_____ (2012). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Editorial Paidós: Barcelona, España.

_____ (2002). *Winnicott on the child*. Perseus Publishing: Estados Unidos de América.